

llidado con la misma denominación de pueblo maya. En su origen, sin embargo, la dualidad de las tribus se diseña perfectamente: los Chanes entran por el Sudeste y los Xiues por el Sudoeste; los unos se establecen primeramente en la costa oriental, los otros se arraigan en las sierras del Sur: desde allí, ambas tribus crecen, se extienden; pero la tribu de los Chanes más belicosa y expansiva que la de los Xiues acaba por dominar en casi toda la Península: la gran fama y prestigio de Itzamná, que también se llamó Lakin-Chan, le hace cambiar su nombre con el de Itzáes, con que en adelante será conocida; recibe en su seno grupos de gentes extranjeras, y todas se las asimila hasta hacerles perder su caracter distintivo; la misma tribu de los Xiues se hace su aliada, y de esta alianza nace una confederación que liga á todos los grandes caciques del país: el imperio de esta gran confederación hace nacer un nuevo apellido que designa á todo el pueblo, y desde la confederación de Mayapán, el pueblo empieza á llamarse «pueblo maya»; su lengua, «la lengua maya»; y la tierra toda, «la tierra de Maya.»

Esta tierra es la que, vislumbrada por Colón y conquistada por Montejo, se convirtió en patria de una nueva raza en que se fundieron las virtudes y los defectos de la raza maya y de la raza española. A esta nueva raza pertenecemos los yucatecos actuales, y los orígenes de ella son los que vamos á investigar en las páginas que siguen.

HISTORIA

DEL

DESCUBRIMIENTO

Y

CONQUISTA DE YUCATAN.

HISTORIA
DEL
DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA
DE YUCATAN

LIBRO PRIMERO
EL DESCUBRIMIENTO.

CAPITULO I.

Primera vislumbre de la existencia de Yucatán.—Encuentro del Almirante Colón con mercaderes yucatecos en la isla Guanaja.
Isla Rica.—Juan Díaz de Solís y Vicente Yáñez Pinzón descubren la costa sureste de Yucatán.

El 11 de Mayo de 1502,¹ se hacía á la vela, en la bahía de Cádiz, el Almirante de las Indias Don Cristóbal Colón, emprendiendo su cuarto y último peregrinaje por los ignotos mares de América, y el 29 de Junio del mismo año, anclaban sus cuatro navíos, la Capitana, el Santiago de Palos, el Gallego y la Vizcaína, frente al puerto de Santo Domingo, en la isla de Haíti, la antigua Española, gobernada entonces por el Comendador Mayor de Alcántara, Frey

¹ Las Casas asigna el 9 de Mayo de 1502 como día de la partida de Colón. *Historia de las Indias*, tomo III, capítulo V.

Don Nicolás de Ovando. Quiso el Almirante entrar al puerto para refrescar la tripulación de sus buques, y también con la idea de resguardarse de la tempestad que ya preveía iba á estallar dentro de poco; pero Ovando, que había recibido órdenes secretas de la Corte,¹ objetó que las disposiciones reales prohibían permitir al descubridor de América el penetrar á la isla de su mando, porque, según decía, estando marcado á Colón su itinerario en las instrucciones reales, no debía separarse de él, sino seguirle estrictamente. Ciertas ó no las órdenes reales, no dejó de contrariar á Colón este contratiempo, pues que la tormenta se aproximaba, y talvez pensaba que no tendría tiempo para acojerse á otro puerto. Perdida toda esperanza de modificar la resistencia de Ovando, se dió de nuevo á la vela, no sin antes dar prudente aviso al duro gobernante que con pretextos más ó menos falaces faltaba á las reglas más triviales de humanidad y de derecho marítimo. Noble y generoso en sus sentimientos, advirtióle la conveniencia que había en retardar, á lo menos ocho días, la salida de la flota que iba para Cádiz, entretanto pasaba el huracán que esperaba, y cuyo siniestro presagio había acertado á distinguir; pero Ovando, que no tenía en grande aprecio la opinión del Almirante, desoyó ligeramente su consejo, de lo cual después se arrepintió mucho. Cristóbal Colón, con mayor experiencia de las cosas del mar, se retiró á Puerto Escondido, y allí permaneció hasta que, pasada la tempestad, que en efecto sobrevino como había previsto, pudo continuar su viaje el 14 de

¹ Las Casas, op. cit. tomo III, pág. 29.

Julio de aquel mismo año, tan aciago para España, por haberse perdido aquella soberbia escuadra con las inmensas riquezas que llevaba para Cádiz y que con tanta imprudencia había Ovando lanzado á la mar, á pesar del aviso de Colón.

Serenado el tiempo, tomó el Almirante el derrotero del sur. Destinado parecía este hombre heroico á luchar perpétuamente no sólo con los hombres, sino también con los elementos; y así, apenas había emprendido de nuevo su camino, cuando los vientos se desataron recios y procelosos, las corrientes se presentaron contrarias, las lluvias molestaron de continuo, y la temperatura variada é inconstante puso á prueba el ánimo varonil de los navegantes. Vagando casi sin rumbo fijo, y más á merced de los vientos y de las corrientes que á voluntad de los pilotos, llegaron los navíos, el 30 de Julio de 1502, á una isla rodeada de varios islotes en el golfo de Honduras. Era la isla Guanaja que brotaba de en medio del mar, verde y risueña, con su vegetación de altos y frondosos pinos que desde lejos se distinguían. Don Bartolomé Colón fué encargado de reconocer aquella tierra y de tomar posesión de ella en nombre de la corona de Castilla. Dos lanchas se botaron al agua competentemente equipadas, y, en tanto que se dirigían á tierra, se divisó por el poniente una embarcación, á manera de galera veneciana, que á todo remo parecía caminar hacia la isla Guanaja. Cambiando inmediatamente de propósito, el Adelantado Colón se detuvo, esperó á la embarcación que venía hacia la costa, y, al aproximarse, la cercó con sus dos lanchas, y se apoderó de ella sin resistencia. No tuvo poca sorpresa: era una

gran canoa de ocho pies de ancho, muy larga y de una sola pieza: un cobertizo de petates sostenido por estacas fijadas en ambos lados de la embarcación ocupaba el centro de ella y resguardaba la carga y pasajeros de las injurias del sol y de la lluvia. Evidentemente, era aquella una canoa mercante, pues que llevaba gran copia de mercancías, como mantas de algodón, hachas de cobre, espadas mejicanas, utensilios de barro, y cacao de muy buena calidad. Veinticinco hombres la tripulaban, y también había algunas mujeres. Los hombres llevaban anchos ceñidores en la cintura, y las mujeres se cubrían pudorosamente con mantas tejidas de algodón. Don Bartolomé Colón no pudo menos que presumir que de seguro pertenecían á algún pueblo civilizado y culto que no lejos de allí tenía sus hogares, y se apresuró á llevarlos á bordo de la Capitana para presentarlos á su hermano. El Almirante se mostró lleno de complacencia y los recibió con halagos y agasajos de toda especie, empeñándose en averiguar de dónde venían, qué objeto traían y de dónde eran originarios. Sociables y francos los indios correspondieron con gestos y palabras de amistad; pero, por más que se esforzaban en hacerse comprender, los españoles quedaron completamente en ayunas, y lo más que pudieron penetrar fué que volvían de un país rico que se escondía en los mares del poniente, que desde entonces comenzó á conocerse con el nombre de Isla Rica, y que después resultó ser la península de Yucatán.¹ Obsequiólos

¹ Las Casas, *Historia de las Indias*, tomo III, pág. 109.—Pedro Mártir Angleria, *De orbe novo*, dec. I, libro X, cap. IV.—José María Asensio, *Cristóbal Colón*, tomo II, pág. 453.

el Almirante con diversas baratijas, les devolvió su embarcación, y, después de visitar la isla Guanaja, que encontró poblada por indios flecheros de buena estatura, conservó consigo un anciano llamado Guimbé para que le sirviese de intérprete en sus exploraciones ulteriores.

Tal es la primera noticia que los europeos tuvieron de la existencia de Yucatán. Si Cristóbal Colón, en vez de seguir la derrota del sudoeste, se hubiera dirigido al poniente ó hacia el noroeste, habría anticipado algunos años el descubrimiento de la Península; pero, ocupado en buscar el estrecho que comunicando, á su juicio, los océanos, debía llevar á las Indias, dejó á un lado la tierra yucateca y se internó en las costas de Honduras, dejando reservado á otros marinos visitar por primera vez las playas de Yucatán. No obstante, desde el 30 de Julio de 1502, Yucatán podía colocarse en el catálogo de los países descubiertos; su existencia estaba revelada; se sabía ya que por el poniente había un pueblo rico y culto; la Isla Rica debía en adelante enardecer la imaginación de los aventureros, y era cuestión de un poco más de tiempo que el país fuese conocido perfectamente. Esto no podía tardar, atendido el espíritu emprendedor de los marinos españoles y la cercanía de las colonias ya establecidas, cuyos límites eran cortos para la ambición y atrevimiento de sus nuevos pobladores: Santo Domingo estaba ya perfectamente organizado y los españoles se ocupaban en acabar de dominar la poca resistencia que encontraron en los indígenas; ponían ya sus ojos en Cuba, y tras de la conquista de Cuba debía venir infaliblemente la de Yucatán.

Los descubrimientos de nuevas tierras se hacían cada vez mas frecuentes, impulsados por el espíritu reinante de la época que arrastraba á los españoles á buscar riesgos y peligros, si trás de ellos encontraban honras y riquezas. Los puertos de España, sobre todo los del Sur, estaban sin cesar poblados de gente que ansiaba por alistarse ya en los roles de los buques, ya en los cuerpos ó batallones que se dirigían al nuevo mundo, ya por último en las expediciones que se proyectaban para descubrir nuevas tierras, á ejemplo de Colón. La cancillería española estaba atestada con peticiones de autorización y privilegios para descubrir y conquistar los países de América.

Entre tales expediciones se encuentra la que emprendieron Juan Díaz de Solís y Vicente Yáñez Pinzón el año de 1506¹, que tuvo por objeto continuar los descubrimientos de Colón en su último viaje. Saliendo de España, vinieron á recalar á las Islas Guanajas, y de allí se dirigieron hácia el poniente y se entretuvieron en reconocer el Golfo de Honduras. Entonces fué cuando llegaron á la costa oriental de Yucatán, si bien, como no la pudieron reconocer en su totalidad, juzgaron que este país era isla y no parte del continente americano. Viniendo del oriente, reconocieron una bahía que á la izquierda terminaba en la costa de Honduras y por la derecha en la costa de Yucatán, y le diéron el nombre de Gran Bahía de Navidad. Volvieron luego al norte y reconocieron parte de la

¹ Herrera, *Decada I*, libro VI, capítulo XVII.—Las Casas, *Historia de las Indias*, tomo III, pág. 200.—Washington Irving, *Compañeros de Colón*.—Roselly de Lorgues, *Vida y viajes de Colón*, tomo III, pág. 709.

costa oriental de Yucatán; pero, arrepintiéndose de su primer propósito, retrocedieron hacia el sur y enfrentaron con el Golfo Dulce y las Sierras de Carria, y quedó con esto retrasado el reconocimiento perfecto de Yucatán.

CAPITULO II.

Náufragos españoles arrojados á las costas de Yucatán.—Gonzalo Guerrero. Jerónimo de Aguilar.—Los náufragos son sacrificados.—Sobreviven Guerrero y Aguilar.—Guerrero convertido en general de los ejércitos de Nachancaan, cacique de Chetemal.—Jerónimo de Aguilar, consejero de HKin Cutz, cacique de Xamancaan.—Tentación de Jerónimo de Aguilar.

Ningún extranjero había hasta entonces pisado las playas yucatecas, pues Colón las había apenas traslucido, y Díaz de Solís y sus compañeros se habían limitado á costear una parte del litoral del oriente, dejando talvez para mejores tiempos reducir estas tierras al dominio de Castilla. Colón y Yáñez Pinzón fallecieron en España, y Díaz de Solís, cogido en pérfida emboscada por los indios del Río de la Plata, fué descuartizado para servirles de manjar en un gran festín. Ningún otro navegante se había acordado de continuar el descubrimiento comenzado, cuando la Providencia quiso preparar el camino de la civilización cristiana con un accidente extraordinario. En 1511, ¹ Núñez de Balboa, Alcalde del Darien, se vió en la necesidad de enviar un comisionado á la isla Española á buscar vituallas, llevar veinte mil ducados del quinto real y cartas al Almirante y á los oficiales reales solicitando

¹ Landa, *Relación de las cosas de Yucatán*, párrafo III.—Washington Irving coloca estos hechos en el año de 1512.

se escribiese al Rey dándole noticia de los países y mares descubiertos y pidiéndole un refuerzo de mil hombres con que pudiese concluir de sojuzgar á los indios de aquellas regiones. Escogió para esta misión á Valdivia, quien se embarcó en una carabela. El viaje fué feliz en los primeros días, y, con buen viento, pudo Valdivia y sus compañeros alcanzar á ver las costas de Jamaica; pero el mismo día en que las distinguieron á lo lejos, se desencadenó repentina y furiosamente un huracán, que no sólo no les permitió buscar abrigo en algún puerto seguro, sino que arrebató la embarcación y la llevó hasta estrellarse en los bajos de «Las Viboras,» arrecifes muy peligrosos que se encuentran no lejos de Jamaica ¹. Allí se destrozó por completo el buque, y pasajeros y tripulantes, en número de veinte, apenas tuvieron tiempo de colocarse en un bote para escaparse de una muerte cierta: el peligro fué tan urgente que ni aun tuvieron tiempo para salvar y llevar consigo algunas provisiones. Se vieron, pues, en la más extrema necesidad que puede imaginarse: sin municiones de boca, se entregaron á merced de las corrientes y á todos los padecimientos del hambre y de la sed. Así fue que, de los veinte navegantes, perecieron siete de inanición, y quiso la suerte de los demás que, después de trece días de vagar á voluntad de las olas, recalasen á una costa habitada. Esta costa no era sino la de Yucatán.

No tan pronto los desgraciados náufragos habían puesto pie en tierra, cuando fueron rodeados

¹ Las Casas, *Historia de las Indias*, tomo IV, pág. 83.

por un grupo numeroso de indios que los aprehendieron é hicieron pedazos el bote en que habían llegado. Los condujeron inmediatamente á la vecina población, en la cual gobernaba un cacique de duras entrañas, quien aprovechó la llegada de Valdivia para festejar á su gente. Valdivia y otros cuatro compañeros suyos fueron sacrificados, y su carne fué servida en banquete, por el cruel cacique, á sus amigos y compañeros de armas, y los demás infelices prisioneros fueron puestos en caponera para engordarlos, y, en no remoto día, sacrificarlos á sus cruentas divinidades.

Entre los reservados para ulteriores canibales fines, se contaban Jerónimo de Aguilar, clérigo de órdenes mayores, y Gonzalo Guerrero, soldado valiente y entendido que había servido bajo las órdenes de Núñez de Balboa. En presencia de ellos habían sido asesinados sus compañeros y ofrecidos á los ídolos: con tan horroroso espectáculo no fué difícil á los prisioneros comprender el triste fin que les esperaba en quella especie de gallinero de madera en que fueron encerrados por orden del cacique y en que eran bien tratados y alimentados con succulentos manjares. Antes prefirieron correr los azares de la fuga, que esperar en agonía la muerte horrible que les preparaban: acecharon ansiosos ocasión oportuna que les permitiese evadirse de su cautiverio, y, un día que sus guardas estuvieron menos vigilantes que de costumbre, rompieron la jaula donde estaban aprisionados y echaron á correr por los bosques con especial fortuna, porque de nadie fueron vistos. Al acaso y sin guía, se internaron por la selva buscando la salvación, si bien te-

merosos y amedrentados de que sus carceleros notasen su evasión y acudiesen á perseguirlos. Toda la fortuna de ellos fué que los dominios del tirano que los había condenado á muerte eran bien estrechos, de modo que muy pronto salieron de ellos, y entraron al territorio del cacicazgo de Xamancaan, gobernado entonces por el cacique Hkin Cutz,¹ hombre humano, afable y amigo de hacer bien. Este cacique acogió con bondad á los fugitivos, y los hizo sus servidores. Pero, si bien es verdad que en poder de este príncipe tuvieron segura la vida y los alimentos, siempre su condición fué baja y despreciable, pues que los hacían trabajar como esclavos en obras duras y difíciles y en un clima á que no estaban acostumbrados. De aquí es que casi todos los náufragos murieron de varias enfermedades, y sólo quedaron Aguilar y Guerrero, quienes, con habilidad y destreza, supieron captarse las simpatías de sus señores, hasta el punto de merecer que los trataran con grande consideración.

Guerrero fué cedido al cacique de Chetemal llamado Nachancaan, y allí, al servicio de su nuevo señor, se dió tales trazas, que hubo de ganarse completamente su confianza por la bizarría que mostró en los combates que su señor tuvo que sostener con varios caciques circunvecinos. Probada su inteligencia y atrevimiento en las cosas de la guerra, Nachancaan lo nombró general en jefe de sus ejércitos, y quedó así en aptitud de prestar aún mejores y más eficaces servicios. Disciplinó á los indios, les enseñó la manera de combatir, los adies-

¹ Herrera, *Década II*, libro IV, cap. VII, pág. 99.

tró en el manejo de las armas, y además los instruyó bien para defenderse, mostrándoles la manera de hacer fuertes, trincheras y baluartes, con lo cual el imperio de Nachancaan, llegó á ser muy temido y respetado en el país. La reputación de Guerrero, por lo mismo, creció sobremanera, y, de esclavo, vino á ser de los primeros magnates, y aun consiguió casarse con una princesa india de la misma provincia de Chetemal: se acomodó á todas las costumbres de los yucatecos, y no falta alguno que asegure que llegó á idolatrar.¹ Por lo menos nunca quiso volver á España, y prefirió permanecer tranquilamente en Chetemal con su esposa é hijos, labrado el cuerpo, largos los cabellos, arpadadas las orejas y con zarcillos, á la usanza indígena. Algunos también lo acusan de traidor, imputándole haber azuzado á los mayas contra sus compatriotas españoles, cuando hicieron sus primeros desembarcos en las playas de Yucatán.

Otro fué el destino y diversa la condición de Jerónimo de Aguilar. Era este natural de Ecija, y pariente del licenciado Marcos de Aguilar. Apenas se había ordenado de evangelio, cuando se embarcó para Santo Domingo, y de allí pasó al Darien. Volvía para España, cuando le sobrevino el duro infortunio que acabamos de delinear. Continuó sirviendo con fidelidad al cacique Hkin Cutz y luego á su sucesor Ahmay, que, todavía más piadoso y benévolo, le trató con especial cariño, no sin antes haberle sujetado al crisol de las pruebas más difíciles.

¹ Landa, *Relación de las cosas de Yucatán*, párrafo III.

Los primeros tres años que sirvió al cacique Ahmay, apuró todas las durezas de la servidumbre, porque, si bien no le mantenían preso ni cautivo, ni menos aún le amenazaban de muerte, le ocupaban en leñar, en proveer de agua, y en ir á la costa á traer pescado para la cocina de su señor: todo esto lo hacía Aguilar con la mayor obediencia y mansedumbre, pues quería á toda costa conservar la vida para poder volver á su patria. La esperanza de ver de nuevo su país y familia no le abandonaba un momento, y así es que, con el anhelo de ver colmados sus deseos, volvió sus ojos á Dios y á la Virgen María, y, recordando los votos que había hecho al entrar á las órdenes sagradas, los reiteró, prometiendo conservar á todo riesgo la entereza de su castidad y rezar diariamente el oficio parvo de la Virgen María, para que el cielo le concediese la dicha de no morir antes de pisar de nuevo las playas de su patria.

No tardó mucho en encontrarse en la más difícil y tentadora ocasión que puede sobrevenir á un mozo en todo el transcurso de la vida: el cacique Ahmay había notado que Aguilar era tan discreto y prudente que ni aun se permitía alzar los ojos para mirar á las lindas mujeres que había entre los mayas, y, aunque bien probada tenía su obediencia y humildad, todavía quería cerciorarse si su pureza podría pasar sin mancha á través de las seducciones de una mujer hermosa.

Como hemos dicho, uno de los empleos de Aguilar era ir periódicamente á la costa á pescar, y, después de haber hecho provisión suficiente de pescado para el cacique, llevarlo á cuestas de la manera más rápi-

da posible, para que el pescado no se corrompiese y se sirviese bueno y fresco en la mesa de su amo.

Un día, como de costumbre, recibió Aguilar la orden de que en la noche se pusiese en camino hacia la costa, para que en la madrugada saliese á pescar con la seguridad de llenar sus redes de pescado sabroso y abundante; pero esta vez quizo el cacique que acompañase á su fiel siervo una joven de rara belleza, de edad de catorce años,¹ á la cual el cacique mismo había instruído para que pusiese á prueba la castidad de su compañero. Ahmay se mostró con Aguilar tan fino y agasajador que le dió una estera de fina paja y una manta de algodón para que le sirviese durante la noche.

Aguilar no pudo menos que obedecer, pues que si obedecía sumiso y de buena gana lo que cualquier indio le mandaba, con más presteza debía acatar órdenes de su superior: con tanta mayor razón, cuanto que su vida misma dependía de un solo gesto del cacique. Se encomendó, pues, á Dios de todo corazón, y se puso inmediatamente en camino, llevando consigo á su graciosa compañera, y, como el lugar de la pesca no estaba lejano, llegaron á media noche, y todavía tenían que esperar que asomase la aurora, porque, según costumbre tradicional de los pescadores, al amanecer es cuando la pesca se ofrece mejor y más abundante. No había, pues, otro remedio que esperar, matando el tiempo en amena plática, hasta que tocase la hora marcada; ó bien entregarse al sueño hasta que los primeros albores de la luz matutina los despertasen.

¹ Herrera, *Decada*, libro IV, cap. VIII. pág. 99.

Aguilar atento y cuidadoso con la hermosa joven, notó que ella prefería dormir, y así, rápido en adivinar su pensamiento, se apresuró á hacerle la cama á la usanza maya,¹ tendiendo en tierra la estera que le había ofrecido Ahmay. Mullido el lecho con la manta de algodón, rico presente que también había recibido de su Señor, se dirigió á la gentil y graciosa doncella, y con ademan modesto y circunspecto, se lo ofreció para que descansase; en seguida se retiró lejos de ella, á la orilla del mar, y, haciendo lumbre, se acostó tranquilamente sobre la arena. La joven india aceptó gozosa la improvisada cama, y se acostó en ella; pero, instruída por su Señor, y sin idea ninguna de la virtud de la castidad que tan á pechos, defendía el español, le invitó suavemente para que fuese á acompañarla; pero el intrépido castellano, firme en cumplir su determinación, quiso más sufrir el frío de la atmósfera, la humedad de la playa y los rigores de la lucha interior, que no quebrantar la fe jurada á Dios en momentos solemnes, y cuyo juramento no hacía mucho había reiterado, al impulso de su fe y de su amor al suelo patrio.

La noche pasó, pues, para Aguilar, en agitación y congoja; pero, firme en su propósito, y auxiliado por la gracia, felizmente pudo ver triunfante los primeros arreboles de la aurora, y, contento y alegre de no haber sucumbido, se hizo á la mar en su bote que se deslizó mansamente sobre las aguas hasta el lugar destinado á la pesca, y fué tan feliz

¹ La hamaca no era usada en Yucatán, y sobre esto puede verse á Diego de Landa en su *Relación de las cosas de Yucatán*, párrafo XX. Es originaria de la isla de Santo Domingo, Las Casas, op. cit., tomo I, pág. 310, y tomo II, págs. 139, y 399.

ese día que pudo conseguir reunir las piezas más sabrosas de pescado para ofrecer á su dueño.

Acabada la pesca se volvieron ese mismo día á la casa de Ahmay. Sobrecogido de admiración quedó éste cuando supo de la boca misma de la alegre y retozona doncella cuán severa y perfectamente había guardado Aguilar su castidad en aquel tan angustioso trance. No cabía en el pensamiento del príncipe maya que un hombre pudiese con tanta fortaleza resistir á los atractivos seductores de la belleza, en medio de la soledad del bosque, y en el silencio de la noche. Y en efecto, tan heroica virtud sólo es comprensible en toda su grandiosidad al espíritu cristiano; pero es tanta la belleza y brillo de la virtud de la pureza, que, aun los mismos que están abatidos por la ausencia de la fe cristiana, ó rebajados por el yugo de los sentidos, no pueden menos que rendirle homenaje de respeto y admiración. Así sucedió con Ahmay: la consideración de la virtud de Aguilar duplicó el ascendiente que éste ejercía ya en él, y la buena opinión que de su siervo se había formado creció sobremanera, hasta el punto de elevarlo al cargo de mayordomo y personero de su casa, y cuidador de su familia. Llegó de este modo Aguilar á ser un personaje respetado en la corte de Ahmay: procedía en todo con cordura, y se hacía amar por sus discretos consejos, no menos que temer por su fortaleza y bravura.

No solamente manifestaba su sensatez en el consejo, sino que, mostrando las cualidades de su raza y origen, era en la guerra hombre valiente y entendido. Tres batallas dieron otros caciques á

Ahmay, durante el tiempo que Aguilar vivió cerca de él, y en todas ellas salió victorioso, merced á los consejos de Aguilar, de suerte que, con tan señaladas victorias, afirmó la paz en sus dominios, y se vió libre de toda agresión exterior. Ninguno de los caciques cuyas tierras confinaban con las suyas se atrevía á acometerle, escarmentados como habían quedado todos con las duras lecciones recibidas en el campo de batalla. Y todo esto se debía á Aguilar. Con razón, pues, era estimado con especial predilección, y deseaban que nunca se apartase de Yucatán. Por esto mismo, cuando Cortés envió en busca de él, los mayas se esforzaron en retenerle; pero, atraído por los encantos sin cesar soñados de la patria ausente, se apresuró á unirse á sus paisanos que le llamaban, y que tan en punto y en sazón vinieron á mostrar á Aguilar que Dios había escuchado sus votos y promesas.